

Films de Amor

CONFESIONES DE UNA COLEGIOLA

NÚM
306



Sylvia Sydney
Phillips Holmes

25
CTS

Rosa Verdaguer



BURTON, David

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234-Aptado 707-Barcelona

"ALAS"

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral Española de Librería-Barbarr, 14 y 16-Barcelona

ORO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 806
Confessions of a Co-Ed, 1931

CONFESIONES DE UNA COLEGIALA

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por la genial

SYLVIA SIDNEY

Narración de HARRY BALTMORE

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

INTERPRETES

Pat	SYLVIA SIDNEY
Dan	Phillips Holmes
Hall	Norman Foster
Mary	Claudia Dell

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

"Hoy es uno de los días más felices de mi vida, porque hoy he conseguido una de mis mejores ilusiones, que era la de ingresar en el internado de la Universidad."

Así decía la primera página que Pat había empezado a escribir el mismo día de su ingreso en la Universidad.

Pat, chiquilla de unos diecinueve años, había descado como casi todas las muchachas de su edad, vivir aquella vida de estudiante de la que tanto había oído hablar. Este deseo lo vio por fin satisfecho y en su rostro de muñeca se reflejaba la alegría, dándole aun mayor belleza de la que en sí tenía.

A continuación de esta inscripción fue anotando todas las sensaciones que había experimentado durante las horas que llevaba allí, hasta que un timbre le anunció que había llegado el momento de acudir al aula.

Entró silenciosamente y se colocó en un ban-

co junto a otra compañera, prestando gran atención a las explicaciones que daba el decano de la Universidad, que decía en aquellos instantes:

—Va a empezar el nuevo curso y, como en todos, me creo obligado a recordaros la obligación de obedecer todas las órdenes y el reglamento de la Universidad. Ya que sé que éste es muy rígido, pero precisamente en esa misma rigidez estriba el buen nombre de la Universidad y por ello cualquier falta grave se castiga con la expulsión inmediata del alumno.

Mientras el decano seguía hablando, uno de los alumnos no dejaba de mirar a Pat, hasta que por fin llamó la atención de su compañero de banco y le dijo:

—Esa es la que vino anoche... ¡Fíjate qué bonita que es!

El otro miró a Pat y exclamó también:

—Es preciosa... ¿Sabes cómo se llama?

—No—respondió el que primeramente había hablado—. Vino anoche y todavía no he podido hablar con ella.

—Cuando salga la abordaremos—respondió el otro—. Tenemos que invitarla para la fiesta de esta noche.

En efecto, al terminar la clase los dos muchachos esperaron en el jardín la salida de Pat y el que primeramente había hablado se acercó a la joven diciéndole:

—¿Hace mucho que ha llegado a la Universidad?

Pat se quedó mirándolo y sintiéndose atraído por la simpatía del muchacho le respondió:

Llegué anoche y apenas conozco a nadie.

—Pues yo me llamo Dan—volvió a decirle su compañero.

—Y yo Hall—exclamó el otro—. ¿Y usted cómo se llama?

—Yo me llamo Pat—respondió sonriendo ella—. Es curiosa esta presentación.

—Muy curiosa—contestó Dan—. ¿Piensa usted ir esta noche a la fiesta que damos?

—Tal vez no—exclamó Pat—. Soy enemiga de las fiestas, me gusta más quedarme en mi cuarto estudiando.

—Entonces me prohibirá usted que vaya—le dijo sonriendo Dan—. Si usted no va no habrá nada interesante en la fiesta. Vaya usted, aunque sea por complacerme... Ya verá cómo nos divertimos.

Pat dudó un instante antes de responder, pero advirtió en la mirada del joven tanta súplica que al fin le dijo:

—Iré por complacerles.

—¿A mí o a Dan?—preguntó Hall.

Ella sonrió graciosamente y mirando a uno y a otro exclamó alegremente:

—Iré por complacer a los dos.

Le dejaron al fin el paso libre a la muchacha y Hall le dijo a su amigo:



—Iré por complacerles.

—No debías haberle dicho eso, Dan.

—¿Por qué?—interrogó extrañado el muchacho.

—Pues porque tú tienes que estar con Mary...

¿Qué dirá si te ve bailando con ella? Se pondrá furiosa y nos dará la noche.

Dan se encogió de hombros y respondió, a la vez que iniciaba la marcha:

—Ya sabes que Mary ha dejado de interesarme... Ha sido una más entre todas, pero esta chica es diferente.

Por la tarde cuando Pat estaba en el laboratorio de química estudiando, dió la casualidad de que Dan estaba también al lado de ella y sentía sobre sí las miradas incendiarias del joven, sintiéndose cada vez más inclinada a la amistad de él.

Dan, en un descuido del director, se acercó a ella y le dijo quedamente:

—No olvide que esta noche tiene que ir a la fiesta... Causará usted sensación por lo bonita.

Pat se echó a reír, sin atreverse a responderle por no ser sorprendida por el profesor y cuando terminó la clase se encerró nuevamente en su cuarto y se puso a continuar su diario diciendo:

—Se me ha presentado hoy un muchacho simpatiquísimo. Estoy segura de que será una buena amiga suya, yo, al menos, así lo deseo. Esta noche bailaré con él y estoy entusiasmada con que precisamente haya sido este compañero el que me ha invitado.

Cerró el diario y después de envolverlo en un cajón se preparó para estar lista cuando llegase la hora de asistir a la fiesta.

Dos horas después, en uno de los salones de la Universidad, los estudiantes habían organizado una espléndida fiesta y Dan miraba por todas partes esperando ver llegar de un momento a otro a Pat.

Cuando más distraído estaba mirando hacia la puerta, se le acercó Mary, otra compañera y

novia actual de Dan, que le cogió del brazo diciéndole:

—¿Qué te pasa esta noche que estás tan distraído?

—Te estaba buscando—respondió Dan—para evitar una escena de celos.

—¿Que me buscabas y hace media hora que estoy aquí sin que te hayas dado cuenta?... ¿Vamos a bailar?

Dan se vió obligado a acceder y apenas había empezado a bailar vió entrar a Pat Hall, que se hallaba libre, acudió a invitarla a bailar y Dan, mientras bailaba con su novia hizo una señal a otro compañero para que viniera a pedirle. Comprendió el otro estudiante el deseo de su amigo y al pasar junto a él se le acercó diciéndole:

—¿Me permites que baile con Mary, Dan?

Con mucho gusto—respondió el muchacho entregándole la pareja. Mary comprendió el fuego y aun cuando fingió no darse cuenta, desde aquel instante expió todos los actos de su novio. Lo vió acercarse inmediatamente a Hall y pedirle la pareja que el otro le cedió a regañadientes y entonces se dió cuenta del motivo de la distracción de su novio.

Antes de terminar el baile, Dan se dió maña para llevar a Pat hasta cerca de la puerta del jardín y una vez allí dejó de bailar diciéndole:

—¿Quieres que demos un paseo?... La noche invita a pasear y a amar...

Le ofreció el brazo y cogida de él se dejó la joven llevar por las avenidas del jardín, tropezando continuamente con parejas de enamorados que se besaban amorosamente.

— ¡Todos estos son felices! — exclamó Dan—. Para ellos en este momento no hay más vida que su amor.

— Según como entienda usted el amor — respondió Pat—. Para mí el besarse no quiere decir que se ame... No creo que el amor debe ser algo más fuerte, algo que debe durar toda la vida.

— ¿Sería usted capaz de amar a un hombre sólo, mientras viviera? — le preguntó Dan.

Ella le miró extrañada y le respondió al fin convencida:

— De lo que no sería capaz es de amar a nadie más. El día que yo llegue a amar a un hombre ha de ser para siempre.

Mientras iban hablando habían llegado a un banco desocupado y Dan la invitó a sentarse. Cuando lo hubo hecho la joven, él hizo lo mismo y siguió diciéndole:

— Debe ser hermoso sentirse amado por una mujer como usted, Pat?

— ¿Acaso es tan difícil encontrar una mujer así? — preguntó ingenuamente ella.

— Ya lo creo — replicó Dan—. Yo soy lo mismo que usted, el día que ame será a una sola mujer y para toda la vida... Pero usted tiene sobre todo el encanto de su belleza que



— No hores, Pat.

atrae, que emociona, por la dulzura que hay en todo su ser.

Pat le oía y callaba sin encontrar palabras con que responderle. El romanticismo del momento y el ambiente en que los dos se hallaban sumidos, iba atrayéndolos insensiblemente, hasta que por fin sus manos se encontraron, se estrecharon fuertemente y sin darse cuenta sus cuerpos se fueron acercando, hasta que el uno y el otro sintió sobre sus labios el beso deseado.

Al sentirlo, Pat, como si despertara de un sueño, exclamó asustada:

—¡Qué locura; debemos volver al salón!

—Locura, ¿por qué? — preguntó él. — Ha sido algo superior a nuestra voluntad, algo que nos ha indicado que nos amamos y que nuestras vidas han de ir siempre juntas.

—¿Siempre? — preguntó ella mimosamente. — ¿No me dejarás por otra?

Por toda contestación él la volvió a estrechar en sus brazos y regresaron lentamente hacia la sala, donde Mary los esperaba, sin poder contener sus celos.

SEGUNDA PARTE

Cuando terminó la fiesta todas las jóvenes se retiraron a sus cuartos y Pat, con el corazón rebosante de alegría se fué al suyo y se sentó ante el tocador antes de acostarse. Por su mente desfilaban todas las palabras que le había dicho Dan y no podía evitar que de cuando en cuando una sonrisa de satisfacción se manifestara en ellos, como prueba evidente de lo dichosa que se sentía con el amor de su joven compañero.

Hasta aquella noche Pat no había sabido lo que era amor; hasta entonces, su corazón, libre de toda preocupación, había vivido ajeno a la dicha que ofrece este sentimiento y por eso, al sentir los primeros latidos de una gran pasión todo su cuerpo se estremecía de placer.

De pronto se abrió la puerta de su cuarto y apareció Mary. Venía descompuesta, advir-

tiéndose en su rostro todo el tormento que le producían los celos.

Se encaró inmediatamente con Pat y le dijo:

—¿La verdad que eres novia de Dan?

—¿Por qué me lo preguntas? — exclamó la muchacha.

—¿Eres novia o no? — respondió Mary—. ¡Te advierto que si no me dices la verdad yo me enteraré mañana mismo!

—No tienes que hacerlo, porque yo te lo diré. Es verdad, Dan me ha pedido relaciones esta noche y yo he accedido a ello... ¿Qué tiene eso de particular?

—Tiene de particular que Dan es novio mío...

—¿Novio tuyo? — preguntó asombrada Pat.

—¿Cómo es posible que amándote a ti me haya pedido relaciones?... No lo comprendo.

—Lo comprenderás en seguida cuando te diga que Dan no ama, ni ha amado nunca a nadie. Todas las muchachas que llegan a la Universidad llaman su atención y las corteja, hasta que otra nueva viene a ocupar su sitio... A mí me lo advirtieron, pero no quise hacer caso y ahora pago las consecuencias.

Pat sentía una pena inmensa al oír hablar así a su compañera. Por un instante pensó que se trataría de una broma, pero las lágrimas de Mary y el dolor que expresaba eran difícil de fingir si no se sufriera verdaderamente. Mientras que Mary lloraba silenciosamente, Pat ca-

laba pensando cuál sería la actitud que debería seguir. Por un lado le tiraba el amor que había nacido en ella, pero por otra parte comprendía que no tenía derecho a robarle el novio a Mary y aun menos a seguir al lado de un hombre que solamente le fingía cariño. Decidida a terminar con Dan, le dijo:

—Mary, tranquilízate. Yo te prometo que nunca más tendrás que sufrir celos por causa mía. Yo creí a Dan sincero y por eso le admití, pero te aseguro que entre los dos ha terminado todo desde este instante.

Mary advirtió los nobles sentimientos de su compañera y se abrazó a ella diciéndole:

—¿Me perdonas el daño que te he hecho?

—No tengo nada que perdonarte, Mary, porque mayor ha sido el que inconscientemente te había dicho yo.

Se besaron las dos amigas y cada una se fué a su retiro, para esperar que al día siguiente se despejase algo la situación en que ambas estaban colocadas.

Al día siguiente por la mañana, Dan llamó por teléfono a Pat diciéndole:

—Soy yo, Pat. Te espero esta tarde para que demos un paseo en coche.

—Es inútil—respondió ella—. No iré contigo a ningún sitio.

—¿Por qué?—preguntó extrañado de aquel cambio—. ¿No te acuerdas de anoche?

—Ya lo creo que me acuerdo, pero es que anoche te olvidaste de tu Mary y yo la recuerdo ahora.

—No seas así, Pat —replicó Dan—. Lo de Mary no tiene importancia ninguna, yo te lo explicaré todo.

—No necesito ninguna explicación—respondió Pat colgando el aparato y dejando a Dan, sin darle más explicación.

Hall, que se hallaba con él, le preguntó al ver que colgaba de mal humor el aparato:

—¿Qué te sucede?... ¿Parece que esta muchacha no te da la importancia que siempre has tenido?

—No es eso—respondió Dan—. Se trata que se ha enterado de lo de Mary y debe estar celosa.

—O que no querrá saber nada de ti, cuando se haya enterado de tus fias con casi todas las chicas de la Universidad.

—Sí, lo que tienes es celos, pero ya verás como con ellas consigo rendirla. Hoy saldré de paseo con Mary y nos iremos a la avenida.

—Ten cuidado con lo que haces, Dan—le aconsejó su compañero—. Ya sabes que están prohibidas las parejas en la Avenida y si te descubren te echarán de la Universidad, sin que nadie pueda librarte.

—Nadie me verá—replicó Dan—. Ya sabes que para mí no existen las prohibiciones. Pre-

cisamente siempre me ha gustado desafiar el peligro.

Su amigo se encogió de hombros, como dándole a entender que hiciera lo que mejor le pareciera, pero que se conformase con las consecuencias.

No deie de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

TERCERA PARTE

Llegó el anochecer de aquel día y todavía Dan no había invitado a Mary para el paseo que había pensado. Sin embargo, ella lo llamó por teléfono y le dijo:

—Dan, ¿quieres que salgamos un rato a pasear?

No obstante el alarde de aquella mañana, el joven temió por las consecuencias que pudieran derivarse de su acción y le respondió:

—No puedo, Mary, tengo mucho que hacer en este momento.

—No seas embustero—le respondió ella.—Ya sé que ahora no tienes nada que hacer.

Si me esperas, dentro de cinco minutos estaré con el coche en la puerta de tu pabellón.

Y tal como le prometió lo hizo, o sea que algunos minutos después, la bocina del coche de Mary sonaba bajo las ventanas del cuarto de Dan. La invitación de ella dio al traste con todos los buenos deseos del muchacho y bajó

rápidamente las escaleras hasta llegar donde estaba Mary. Subió al coche y después de besarse los dos, ella, que era la que guiaba, condujo el auto hacia la Avenida.

Era aquel un lugar solitario, donde las parejas de enamorados solían encontrar un refugio para evitar las miradas indiscretas, pero a tal punto había llegado el abuso que se había hecho de aquel lugar que la autoridad dio orden de que no parase en aquel sitio ningún coche, ni ninguna pareja.

Esta orden fue transmitida a la Universidad y el decano prometió que sus alumnos, antes de faltar a la orden serían expulsados.

Llevaban ya cerca de media hora Mary y Dan en aquel paraje, cuando cruzó junto a ellos otro coche ocupado por otra pareja y el que lo ocupaba les gritó:

—¡Corred, que vienen los guardias!

Inmediatamente pusieron el coche en marcha, pero con tan mala fortuna que apenas habían andado unos cuantos metros se estropeó el motor y los dos invicieron que apearse y esconderse tras los arbustos para evitar el ser reconocidos.

Cuando ya estaba fuera del coche, Mary advirtió que se había dejado en él su bolso y exclamó:

—Me he dejado mi bolso y lleva mis iniciales.

—Eso no importa—respondió Dan.—Hay muchas que se llaman como tú. Además si vol-

vemos ahora nos exponemos a que nos detengan y se enteren en la Universidad.

Y para evitar aquello volvieron andando hasta la Universidad y entraron disimuladamente en ella, sin que nadie los viese.

Pero cuando llegó Mary al salón general donde estaban reunidas todas sus compañeras ya se sabía allí que una pareja de estudiantes había sido sorprendida en la Avenida y al verla entrar le preguntaron algunas:

—¿Tú has enterado que han sorprendido a una de nosotras en la Avenida?

—No — respondió Mary fingiendo admirablemente —; pero lo cierto es que por culpa de ella seremos todas castigadas.

—La que ha sido debería decirlo — exclamó una tercera —. Siempre sería mucho más noble que no que la describiesen.

Mary, ante el temor de que se pudiera delatar así misma, se encerró en su alcoba y esperó a que se desarrollasen los acontecimientos al día siguiente.

A la otra mañana todas las alumnas fueron llamadas a presencia de la superiora y ésta les dijo:

—Ayer noche se recibió un aviso de la Jefatura de policía diciendo que una alumna de aquí había sido sorprendida en la Avenida con un joven, yo necesito saber quién de vosotras ha sido.

Aun cuando todas estaban seguras de que

la autora de aquella falta había sido Mary, el compadecimiento las obligó a callar y ninguna pronunció el nombre de la culpable. La superiora ante aquel silencio volvió a decirles:

—Es muy elogiable la actitud de todas ustedes no queriendo delatar a una compañera, pero la que lo ha hecho debe confesar su falta para evitar que las otras sufran un castigo que no merecen.

A pesar de aquello el silencio siguió siendo el mismo y la superiora acabó diciéndoles:

—Pueden retirarse. Hablaré con el Decano y él sabrá imponerles a todas un mismo castigo.

Fueron saliendo las alumnas y Mary procuró quedarse la última. Cuando vio que estaba sola se acercó a la superiora y le dijo:

—Me daba vergüenza confesar mi falta ante las demás, pero yo no quiero que por mí sufran ellas ningún castigo. La que estaba anoche en la Avenida era yo.

—¿Y con quién estaba? — preguntó la superiora.

—Eso no lo diré —, respondió ella—. Yo me acuso pero no delato a nadie.

—¿Era con algún estudiante? — preguntó la superiora.

—No — respondió con firmeza que convenía a la superiora —. Mi compañero no era de la Universidad.

Las dos mujeres permanecieron unos minu-

tos en silencio hasta que finalmente la superiora le dijo:

—Yo lo siento mucho, hija mía, pero tengo que cumplir lo que ordena el reglamento, así es que hoy mismo tiene usted que abandonar la Universidad.

Y tal como le había dicho, aquel mismo día, Mary salía de la Universidad, sin la menor protesta, cumpliendo el riguroso reglamento, por el que se regía el centro de enseñanza.

Pasaron muchos días y llegó la nochebuena. Todos los alumnos se preparaban alegremente para ir a la montaña y pasar allí, entre la nieve, las vacaciones de Navidad. La única que no sentía la menor ilusión era Pat. Aquel fracaso amoroso que había tenido producía tal pena en ella, que se sentía ajena a la alegría que todos experimentaban.

Días antes de la excursión, Hall fue a buscarla y le dijo:

—Pat, ¿vendrás tú también a la montaña?

—Yo no—respondió la joven—. No me divertiría como los demás y sería la nota desordenante... Es mucho mejor que me quede aquí.

—No seas así—respondió Hall—. Olvida lo que te ha ocurrido con Dan y piensa que todavía hay alguien que no piensa más que en ti.

Ella le miró extrañada de aquella declaración y Hall volvió a decirle, cada vez más apasionado:

—Dan no era digno de tu amor. Sin embar-

go, yo te quiero y no puedo consentir que por él te prives de pasar unos días divertidos.

Pat, ante el recuerdo de lo que había sido su primer amor, no pudo impedir que los ojos se le llenasen de lágrimas y Hall la estrechó en sus brazos, diciéndole cariñosamente:

—No llores, Pat. Ven con nosotros y yo seré tu compañero, para hacerte olvidar lo de Dan.

—Es que no quiero verle — exclamó ella.

—No lo verás porque él no viene. Se lo he preguntado y me ha dicho que se quedaba aquí... Tal vez sepa que tú no quieres ir.

—Pues entonces iré — exclamó Pat —. No quiero quedarme donde esté él.

Y puestos de acuerdo los dos jóvenes, desde aquel momento Pat empezó a preparar su equipo, para estar dispuesta el día de la partida.

CUARTA PARTE

Llegó el día de la marcha y Hall no se separó de Pat durante todo el camino. Cuando llegaron al refugio de la montaña, organizaron un baile para aquella noche y Pat fué la pareja de Hall durante toda la fiesta. Pero a pesar de esta constancia de Hall, aun cuando el joven ponía de su parte cuanto le era posible para hacerla olvidar, ella seguía pensando en Dan y casi se conía de que no hubiese ido con ellos.

Al día siguiente los jóvenes se entregaron al deporte de la nieve y provisto cada uno de sus esquís se alejaron del refugio. Cerca de allí se celebraba un campeonato de saltos y Hall y Pat se acercaron para verlo. Pero la sorpresa de los dos no fué pequeña cuando vieron que uno de los saltadores era precisamente Dan. Este los vió y corriendo donde estaban ellos, sin decir una palabra cogió del brazo a Pat y huyó con ella, aun cuando en un principio la joven, intentó oponer alguna resistencia.



—¿Me prometes estarle quisto?

Al fin, cuando estuvieron ante la puerta de la cabaña del guardabosque, Pat consiguió soltarse de su antiguo novio y le dijo:

—¿Para qué me has hecho venir aquí?

—Para que hablémos claramente de una vez —respondió Dan—. Quiero que me oigas para que veas que no soy tan malo como te han dicho.

Entraron en el interior de la cabaña y Dan empezó a gritar llamando al dueño. Nadie respondió a sus llamamientos y entonces se dió

cuenta de que sobre la mesa había un papel que decía:

"Volveré mañana por la tarde.—El guardabosque."

—Mala suerte hemos tenido — respondió Dan—. El guardabosque no está y no podremos tomar café, para calentarnos un poco.

Pat seguía callada, sin responder a ninguna de sus palabras, hasta que el joven se acercó a ella y le dijo:

—Pat, tenías razón al despreciarme cuando Mary te dijo aquello, pero yo te juro que Mary sólo fue para mí un pasatiempo sin importancia. Yo no he querido a ninguna mujer, hasta que te he conocido.

—¿Crees que puedo creerle, después de lo que me dijiste aquella noche? — preguntó Pat, sintiendo que sus ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo que te dije aquella noche—volvió a decirle Dan—era todo verdad, tan verdad como lo que te digo ahora. Yo no pensaba venir porque sabía que tú no vendrías, pero cuando me enteré de que ese alcornoque de Hall había conseguido convencerte, me decidí a venir también, para verte, aunque sólo fuese desde lejos... ¡Si pudieses comprender cuánto te amo!

Y sin esperar a que ella le respondiese la cogió en los brazos y la besó con ímpetu. Al sentir la caricia del hombre amado, Pat no pudo

contenerse y respondió a ella con toda la efusión de su alma, exclamando Dan.

—¿Ves como también me quieres?... Es inútil que intentes oponerte, los dos hemos nacido para querernos y nuestras vidas han de ir siempre juntas.

Pat logró separarse de él y buscó por la cabaña hasta encontrar un tarro con café. Quería evitar el peligro de empezar otra vez aquel idilio y para apartar la conversación del curso que llevaba se acercó a él con el tarro y le dijo:

—Mira aquí hay café... En seguida haré un poco para los dos... ¿Me prometes estar quieto?

Dan sonrió ante la pregunta de la joven y poco después los dos enamorados tomaban el café preparado por Pat, sin que ella misma pudiese sospechar el peligro que corría, al estar allí a solas con él.

Regresaron nuevamente a la Universidad y Pat vivió durante unos días feliz con el amor de Dan. Este le demostraba de que era verdad el cariño que le había jurado y sólo esperaba la joven, el que terminase su novio su carrera para poderse casar y reparar la falta que en un momento de locura habían cometido la noche que pasaron en la cabaña.

Pero aquella felicidad se veía amenazada por los celos de Hall, que veía con amargura como Dan podía disfrutar del amor de la joven, y hasta tal punto llegó su desesperación que cometió



—Escríbele una carta diciéndole toda la verdad.

La bajeza de acusar a Dan como causante de la expulsión de Mary. Las consecuencias de aquella acusación fué el que Dan fuese inmediatamente expulsado de la Universidad, aun sin saber quién había sido el delator. Sospechó en un principio que debía haber sido Mary, y Hall también se lo hizo creer así, puesto que para ayudarle en sus primeros momentos le prestó unos cuantos dólares que tenía.

Calcúlese cuál sería la desesperación de Pat al saber que su novio había sido expulsado de

la Universidad y más aun cuando se enteró de que había abandonado la ciudad, sin siquiera despedirse de ella.

Desde aquel día dejó de asistir a todas las fiestas y una noche, cuando se estaba celebrando una de ellas, entró Mary a verla y le dijo:

—Pat, sé lo que te ha ocurrido con Dan y vengo a ayudarte.

—¿A ayudarme? — preguntó extrañada la joven. — ¿Cómo puedes hacerlo?

—Aconsejándote que olvides a Dan. Lo que él ha hecho no tiene nombre, pero tú debes rehacer tu vida y Hall te dará ocasión a ello. Sé que él te ama.

Pero yo nunca podré casarme con un hombre que no sepa ni falta y además me falta el valor para declararla.

—No tendrás que decirlo. Escríbele una carta diciéndole toda la verdad y si él se declara, lo aceptas y en paz.

Tras muchos razonamientos Mary consiguió que su amiga escribiese la carta, pero cuando fué a entregársela ella misma a Hall lo vió tan entusiasmado y creyó que no era necesaria aquella declaración. Y el resultado fué el que Hall se comprometiera con Pat, en la seguridad esta de que estaba al corriente de lo que había ocurrido entre ella y Dan.

Pasaron tres años de matrimonio durante los cuales Pat no consiguió olvidar el cariño que sentía por Dan. Fueron inútiles todos los mi-

mos de su esposo y Hall advertía que su mujer seguía siendo más del antiguo compañero que suya. Pero una mañana, mientras que él estaba en su despacho fué a verla Mary y Pat, le preguntó:

—Oye, Mary, quiero que seas sincera conmigo y me digas la verdad... ¿Entregaste aquella carta a Hall?

La muchacha bajó la cabeza y negó con un signo, a la vez que decía:

—No lo creí necesario.

—Has hecho mal—replicó Pat—. Hall vive engañado y yo tengo la obligación de decirle toda la verdad.

—Haz lo que quieras, pero no debes hacerlo—le aconsejó su amiga.

Y mientras que Pat insistía en la obligación de confesarle toda la verdad, en el despacho de su marido éste recibía la visita de su antiguo compañero Dan que le decía:

—He venido a saludarte y a devolverte el préstamo que me hiciste en cierta ocasión. Ahora he prosperado gracias a mi trabajo y vuelvo en busca de Pat, Hall, queriéndole dar una sorpresa, le dijo:

—Espera que voy a avisar a mi casa de que irá a comer con nosotros.

Llamó a una de sus dependientas y le ordenó:

—Telefoné a mi esposa y dígame que hoy tendremos un invitado.



—¡Te prohíbo que la toques!

Cuando terminó, Dan siguió diciéndole:

—Me porté muy mal con Pat. Entre los dos hubo ciertas intimidades que es justo que las repare ahora.

—¿Que hubo intimidades entre vosotros?—preguntó nerviosamente Hall.

—Sí, fué una locura cometida por nuestro propio amor y sólo deseo que llegue el instante de poder reparar mi falta. La buscaré y cuando la encuentre la haré mi esposa.

Hall no quiso confesarle la verdad de su ca-

samitato y lo llevó a su casa, para enfrentarlo con Pat, a la que le dijo:

—Dan se ha franqueado conmigo y me ha dicho algo que tú me ocultabas.

—Te lo ocultaba porque creí que te habían entregado una carta en la que te lo confesaba todo.

Hall, desesperado, intentó amenazar a su mujer, pero Dan lo cogió violentamente y le dijo:

—Te prohíbo que la toques... Cualquier cosa que le pase respondes tú.

—Yo no tengo que responder de nada—exclamó indignado Hall—. Por mí si quiere puede marcharse ahora mismo... Su presencia deshonra mi casa.

—Está bien—exclamó Pat, sin poder resistir el insulto—. Me echas y me voy.

—Nos vamos—respondió Dan—. Ya recibirás instrucciones de mi abogado y creo que no te opondrás a nuestro divorcio.

Y aquella noche Pat escribía la última página de su diario y decía en ella:

“Creo que por fin he encontrado mi felicidad. Me divorciaré de Hall y seré dichosa con el único hombre a quien he amado en mi vida.”

FIN

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas: GLORIA SWANSON
+ BARBARA KENT + BEN LYON.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

EL DR. ARR WSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE
HELEN TWELVETREES.

Producción: R. K. O. Exclusivas SICE

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA BOGERT y MAX HANSEN

Exclusivas: HUBI

LA HIJA DEL DRAGÓN

Discreta producción del gran mago SESSUI
HAYAKAWA + ANA MAY WONG + WANNER OLAND.

Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las Inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelon

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Fianqueto gratis

Reimpresión de las obras de mayor éxito



EL DESFILE DEL AMOR

MAURICE CHEVALIER

E S P E R Á M E

CARLOS GARDÉL

EXPRESO DE SHANGAY

MARLEN DIETRICH

UNA HORA CONTIGO

MAURICE CHEVALIER

LUCES DE BUENOS AIRES

CARLOS GARDÉL

REMORDIMIENTO

PHÉLIPS HOLMES

AMAME ESTA NOCHE

MAURICE CHEVALIER

M E R C E D E S

CARMELITA AUBERT

Hágase reservar sus ejemplares, pues
los pedidos se servirán por riguroso
orden de recepción.

Siempre lo
mejor de lo mejor en Ediciones Biblioteca Films

La más antigua novela cinematográfica

PIDA HOY MISMO EL CATÁLOGO ILUSTRADO A:
Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona